

El otro cielo

¿Quién eres? Si alguien me hace esta pregunta responderé como si estuviese rellenando una planilla cualquiera. Soy Cielo, venezolana, de 27 años y estudiante (sí, todavía) de química. Ya está; antes no solía darle más vueltas. Recientemente, durante los meses que llevo siendo inmigrante, esa pregunta ha rondado en mi cabeza constantemente, porque me di cuenta de que no sé muy bien la respuesta.

Nunca me tomé el tiempo para pensar mucho sobre la identidad, la de la gente que me rodea o la mía propia. Al llegar a este país me topé con alguien que comparte mi nacionalidad pero que cambió su manera de expresarse, de vestirse y hasta cambió su nombre, todo por intentar encajar. En otra ocasión encontré una persona que cambió sus palabras, sus muletillas; la cadencia seguía siendo familiar (cambiar eso lleva más años): en vez de ser “fino”, ahora las cosas son “chulas” o “guays”.

Hablamos el mismo idioma, pero no de la misma manera. Ustedes nos lo dieron, pero nosotros lo hicimos nuestro. Tal vez lo que necesito es un traductor; la cultura también necesita un intérprete.

A veces salgo con venezolanos que son segunda generación de migrantes hacia aquella tierra y cielo que solían dar esperanza; son italianos de pasaporte, pero no de nacimiento. Me pregunto si ellos se hacen estas preguntas, si también les confunde su identidad o si ya están acostumbrados a ser varias cosas al mismo tiempo, a ser una mezcla bajo otro cielo.

No me considero especialmente patriótica; mis símbolos nacionales y Simón Bolívar no me despiertan un sentimiento de orgullo. Todo cambia una vez que sales de tu país. Es inevitable empezar a recordar, tu cuerpo empieza a añorar cosas, la vida no se siente como siempre.

Cuando me aconsejan cambiar mis palabras y actuar como “ellos”, se despierta en mí un sentimiento de rebeldía. Me pregunto ¿por qué? Mi cultura, así como la cadencia de mis palabras es completamente mía. Me doy cuenta de que es parte de mi identidad ¿es que acaso se puede transformar el ser? Cuando partes con solo 23 kilogramos en tu maleta hacia lo desconocido sientes que no tienes nada y el ser, eso que es inmaterial, indefinible y etéreo, se convierte en un tesoro, en lo único que te queda.

No estoy lista para dejar mi cielo.

Amanece, el cielo es más oscuro, el brillo del sol es más tenue, ¿cómo algo tan caliente puede resultarme tan frío? Recobro conciencia, recuerdo donde estoy y donde no estoy. Me alisto y salgo, todo es diferente, pero la rutina es la misma.

En la calle percibo ojos que me siguen y sé lo que ven. O lo que no ven, las diferencias que nos separan. Piel un poco más oscura, cabello aún más rizado, cuerpo más pequeño y ojos más grandes.

Me acerco, escuchan mi voz. Las cadencias y el ritmo de mis palabras son foráneas, imaginan que debo ser de alguna parte del sur del continente americano. Preguntan “¿eres de Perú? Tenía una profesora de inglés que hablaba igual que tú”. Me río, le respondo, pero sé que da igual, no sabe dónde queda, para ellos todos los latinos somos iguales.

Camino regreso a casa, todo funciona demasiado bien, hasta la lluvia es muy silenciosa, se escucha como un susurro. Casi ni me doy cuenta de que llueve. Creo que esto no puede llamarse lluvia: es apenas una garúa. Es silenciosa. Todo es silencioso. No imaginaba que pudiese extrañar el bullicio de los diluvios de mi país, esos aguaceros que hacen exclamar: parece que se estuviera cayendo el cielo. Las tormentas tropicales... A esas no las calla nadie.

Ahora siento que hasta la comida no es lo suficientemente picante, le falta un poco de ají, solo un poco de picor. Los ingredientes tienen nombres diferentes, el queso blanco es "latino" aunque sea diferente en cada país del sur, entonces recuerdo que en realidad somos lo mismo.

Sin darte cuenta extrañas el caos y tal vez la catástrofe que era tu hogar.

Recuerdo cuando Venezuela recibió una gran cantidad de migrantes europeos. Éramos un país que daba luz y oportunidades, eso que ahora, allá, escasea tanto. Los españoles que llegaron en ese entonces no abandonaron su cultura, sino que formaron su propia comunidad, un club, así como también los italianos, portugueses, libaneses y sirios hicieron lo propio entre sus comunidades. Se ayudaban entre ellos, y no olvidaban quiénes eran, de donde venían. Parte de su cultura se fusionó y ahora forman parte de nuestra nacionalidad, de los venezolanos de hoy.

¿Por qué no podemos hacer lo mismo? Encontrarnos, ayudarnos y unirnos. La diferencia debe ser que, aunque Venezuela recibió con los brazos a esos inmigrantes en aquellos tiempos, los venezolanos hoy estamos escapando, entramos a cualquier país sin invitación. Es necesario, porque buscamos salvación desesperadamente y estamos dispuestos a abandonarlo todo, a olvidar un terror que nunca habíamos conocido bajo nuestro propio cielo.

Mi cielo, si te abandono ¿quién seré? No sé si quiero ser alguien más, nunca he sido alguien más. Los que me aconsejan están aquí desde hace más tiempo que yo, deben tener algo de razón, esa puede ser la manera de sobrevivir.

Tal vez debería cambiar mi nombre, usar mi segundo nombre, como aquella persona que conocí. Dejar atrás todo, tomar un poco de ellos y un poco de nosotros. Explorar otro cielo.

Quizás si hoy me preguntan diré que mi nombre es Virginia y no tengo patria.